

CAPÍTULO XXII. *De los ladrones que había entre estos indios en tiempo de su infidelidad, y fantasmas o estantiguas que de noche se les aparecían a estas gentes indianas*



ENTRE LAS COSAS DE ABUSO que estas gentes usaban, era una, que en su falsa ciencia judiciaria había un signo que se llamaba ce acatl, del cual decían que los que nacían en él si eran nobles, habían de ser muy inquietos; y si gente común y baja, habían de dar en ladrones, por arte supersticiosa y mala, de los que entre ellos llamaban temacpalytotique. Éstos en número solían ser quince o veinte, y cuando querían robar alguna casa hacían la imagen de ce acatl, o la del dios Quetzalcohuatl, y iban todos juntos bailando adonde querían hacer el hurto, y íbalos guiando el que llevaba la figura o ídolo de este falso dios (que bien falso era, pues iba guiando a gente tan mala como ésta) y otro que también llevaba un brazo de alguna mujer que había muerto de el primer parto (a las cuales para estas maldades les cortaban estos embaidores el brazo y mano izquierda) el que llevaba esta mano la llevaba puesta sobre su hombro izquierdo, y antes de entrar dentro de la casa, donde iban destinados a hacer su robo, daban dos golpes en el suelo con el brazo de la difunta y en la puerta daban otros tantos en los umbrales; con esto, dicen ellos, que se adormecían, o amortecían todos los que estaban dentro, y nadie de ellos podía hablar ni moverse del lugar donde estaba acostado durmiendo, y los que estaban despiertos quedaban como atónitos y asombrados, y aunque querían, no hablaban y veían su daño, y no podían remediarlo. Con este encandilamiento infernal, que estos hechiceros con pacto de el demonio hacían, encendían lumbre en el fogón y buscaban por toda la casa lo que había que comer y comían muy de propósito lo que hallaban, y nadie de los de casa les impedía el hecho; después de haber comido y bebido, si hallaban qué, entraban en los cilleros y despensas y tomaban cuanto hallaban en ellas, así de mantas, como de oro y plata y otras cosas de valor y precio, y sacábanlo todo fuera y haciendo líos y cargas de ello se lo llevaban; y hay quien diga que hacían otras deshonestidades en las mujeres caseras, sin poderlo resistir. Hecho el hurto y cargando de él, las personas que habían podido íbanse corriendo a muy gran prisa por las calles y no paraban, porque luego que salían, volvían en sí los caseros y daban voces para que otros vecinos corriesen y prendiesen a los ladrones que los habían robado. Dicen que si alguno de los que hicieron el hurto se sentaba por no poder huir tanto como los otros y verse cansado, que no podía levantarse aunque mucho procuraba, y llegando los que los seguían, lo prendían y éste pagaba por todos si los demás no parecían, o él no los manifestaba; lloraban su desgracia los robados, daban gritos y muy grandes palmadas, con la aflicción y angustia que tenían y las mujeres, como más flacas de ánimo, decían: Quencaneloene, quenelocne, que quiere decir: Oh desventuradas de nosotras, y dejábanse caer en el suelo y dábanse de puñadas y bofetadas en sus

rostros, diciendo: caonitqui huac, ontlacemichletia, que quiere decir: Todo cuanto tenemos nos han llevado; y diciendo otras muchas lástimas, lloraban su desgracia y muchas veces se quedaban sin remedio sus lágrimas, porque no parecía nada de lo que habían perdido; otras veces parecía, y demás de pagar los hurtos los apedreaban, y por esto los llamaban tetzotzome, y si no eran éstos, no había otros ladrones; por lo cual no tenían puertas en las casas y cuando mucho las tapaban con unos cañizos, a manera de zarzos y en ellos colgaban algunas tejuelas que hacían ruido, y cuando llegaba alguno a la puerta meneaba las tejas y al ruido salían de allá dentro y tomaban razón del que llamaba, como en otra parte decimos.¹ Otros hurtillos había, pero no eran de consideración y se pagaban conforme sus leyes, como decimos en sus lugares.

Había en aquellos tiempos gentílicos, entre estas gentes, otras apariciones, que bien era invención del demonio con que los amedrentaba; una de éstas era una figura que llamaban tlahahueyac, que quiere decir hombre grande, como gigante; éste, decían muchos que lo vieron, que tenía pies y manos, y cabeza como un hombre; y los hombres de gran corazón seguían esta visión, pero los medrosos, con el espanto que les causaba, caían en el suelo con un gran desmayo que les causaba. Dijeron también estos idólatras que el demonio Tezcatlipuca muchas veces se transformaba en particular forma y figura, llamada de ellos tla canexquimilli, que quiere decir hombre amortajado, y se les aparecía como hombre muerto, envuelto en sábana cenicienta y no andaba si no era rodando, y los que eran animosos de estos indios andaban de noche en busca de estas fantasmas, y muchas veces se les aparecía, o en las calles, o caminos, o cuevas, o selvas, y los medrosos morían de espanto cuando las veían. Algunas veces, antes o después de media noche, sonaba un golpe temeroso como de quien corta madera, y el que esto oía, si era animoso, tomaba un poco de polvo de la tierra y poníalo sobre el pecho y iba en busca de aquello que causaba aquel estruendo y ruido y corría tras el ruido y golpes que sonaban. Algunos que lo vieron, dijeron que era como un gigante alto y muy corpulento y descabezado y que llevaba la cabeza en la mano, como quien lleva un sombrero, y dicen que tenía abierto el pecho y era de grandes y largas uñas, como suelen pintar al demonio, y decían que en resollando se le abría el pecho y en acabando de tomar huelgo se le cerraba, y entonces era cuando sonaba aquel grande y temeroso golpe, y decían que era el dios o demonio (por mejor decir) Tezcatlipuca, que lo tenían por dios del bien y del mal. El que veía esta visión, si era de poco ánimo, caía en tierra amortecido y dicen que en muy poco tiempo se moría; pero el valiente y animoso, no sólo no temía su visión, pero arremetía a ella y asiéndola por la parte que mejor podía de el cuerpo, decíala que no la dejaría hasta que naciese el sol; pero la fantasma, llamándole por su nombre, le decía: déjame fulano, muchas veces repetía esta fuerza que le hacía y le pedía que lo dejase, y amenazábale con lo contrario, diciéndole que si no lo dejaba le echaría una

¹ Supra lib. 9. cap. 14. et lib. 14. cap. 3. in fine.

maldición, por lo cual le viniesen grandes males, el otro la tenía fuertemente y de esta manera andaban forcejando algunas veces los dos, hasta casi la mañana y entonces la fantasma volvía a decir: déjame, déjame fulano, que me quiero ir, porque ya es el alba; y decía al que lo tenía asido, pide lo que quisieres que yo te lo daré y déjame, mira si quieres riquezas o fuerzas invencibles para la guerra, para que con ellas venzas a tus enemigos pide lo que quieres que todo lo alcanzarás, porque si a mí me has vencido, ¿qué no vencerás? Y al fin de la lucha y al principio de el día, cuando aquella visión quería desaparecerse, le pedía el indio lo que mejor le estaba y más bien le parecía; la fantasma le daba una espina de maguey nequen, a manera de un clavo, y el indio no la recibía hasta que le daba cuatro, en señal que en las guerras había de ser muy valeroso y había de vencer muchos enemigos, y ganar por este camino mucha honra y ser muy aventajado en las mercedes que los reyes le habían de hacer. Decían también que los más animosos de los que veían esta visión no la hablaban, sino que arremetiendo a ella la asían fuertemente, y que la arrancaban el corazón; y que la visión huía luego, dejándoles el corazón en las manos, y que el que se lo había arrancado de el pecho lo envolvía en un paño y volviéndose a su casa lo enseñaba y les preguntaba, si era cosa de buen agüero, y si era de buen agüero echábase de ver en que cuando desataba el paño o lienzo no hallaban en él más que unas plumas blancas, o una espina de maguey; pero si hallaban carbón o algún trapo viejo, decían que era señal de muerte o de algún mal suceso y acontecimiento.

Dicen que en aquellos tiempos muchas veces aparecía una mujer enana, en forma de una pequeña niña muy bien vestida y ataviada de largos y extendidos cabellos, que llamaban Cuitlapanton o Cintanaton o Cintlatlapachoto; la significación de la visión de ésta, decían que era de muerte, o de alguna grande desgracia, y así el que la veía entendía, que en breve tiempo había de morir por enfermedad inevitable o por otro repentino caso no pensado, ni sabido, o que cuando quedase con la vida, había de ser muy pobre y desventurada y con muchas prisiones y calamidades, hambres, privaciones de oficios y dignidades; decían que esta fantasma era diosa del maíz, y no aparecía sino a uno solo, y que muchas veces aparecía de noche una cabeza de hombre de largos cabellos, abierta la boca hasta las orejas; los cobardes huían de ella y los animosos arremetían a cogerla, y tomándola con las manos teníanla fuertemente y érales favorable o adversa, conforme las cosas les decía o daba. Los hombres animosos de estas naciones (que hubo muchos) andaban de noche por las calles o por los montes y cuevas, en busca de estas visiones y fantasmas, para saber de ellas cosas futuras, y a las veces topaban con cuerpos de hombres muertos y amortajados, y como así se les solía aparecer Tezcatlipuca, pareciéndoles ser él, le decían: ¿Qué quieres, Tezcatlipuca? ¿Por qué te me apareciste? Yo te llevaré a mi casa, para que te vean los otros, o si no quieres hablar, hazme alguna merced; a veces hablaba esta fantasma; y cuando no respondía, llevaban a cuevas aquel cuerpo y cuando entraban en su casa desaparecía; y teníanlo por indiferente agüero, así para el bien como para el mal.